

critor no puede sino agrandar los defectos que en un simple mortal aparecen como cosas tolerables y lógicas. En el hombre de letras todo lo menudo adquiere la resonancia de un delito. Es más aceptable la mugre moral en un político o en un profesional, que no las debilidades en un escritor. Un político puede resurgir de sus cenizas infectas. Un hombre de letras queda marcado de por vida. Y es que, inconscientemente, esa misma porción que le condena por sus debilidades, le exige en lo subconsciente, acaso, una dignidad de que se hace gracia a los que debiendo poseerla, la han perdido o la han convertido en tráfico.

En la vida americana el drama del escritor es una especie de heroísmo. Heroísmo que no cuenta con mártires en su santoral, porque los mártires no serían comprendidos sino por los propios oficiantes. Hay comprensión para los dramas que desencadenan las enfermedades, o las pasiones o el dinero. No la hay para ese drama permanente que supone vivir en un medio hostil a la nobleza de la función creadora.

Por eso en este término de año, al poner nuestro comentario en este número, hemos querido reflexionar con brevedad acerca del drama del hombre de letras y enviar un mensaje cordial a todos los que, desde todos los puntos de América, han estado trasmitiendo, mes a mes sus votos cordiales y su fe renovada en la labor que esta publicación desarrolla ajena a las capillas literarias, ajena a los grupos, por encima de las disputas menudas y subalternas, lejos de toda sugestión interesada, sin más norte que el de servir en la elaboración de esa cultura a que todos las espíritus cultos se han entregado con esa pasión y ese amor que Spinoza llamó con tan gozosa concisión, «amor intelectualis».

El drama español

Veamos ahora como expresa Marcelino Domingo su angustia ante el problema planteado en España por la revolución. ¿Como sería el español cuando nuevamente, después de sesenta años de monarquía, se instaura en España la república? El español tiende a

cansarse pronto de todo; juzga como incluseros paniaguados o «enchufistas» a los que sirven al Estado: le encantan la conspiración misteriosa y el gesto revolucionario; cree que se desciende en limpieza de principios, en rectitud de conducta y en desinterés, cuando de la oposición se pasa al poder; gobernar para él es desmerecer; presta más crédito a la calumnia que a la verdad, al rumor que a la noticia cierta, a lo que se dice que a lo que se ve; anuncia siempre la catástrofe y espera el milagro que lo resuelva todo. Así deformaron el alma del español los siglos de irresponsabilidad, de influencia católica, de desmoralización en las alturas y de guerra civil que vivió España».

Bien; todo esto parece escrito para los países de América que España conquistó y colonizó, y a los cuales comunicó parte de ese mismo aspecto negativo, que ahora hace temblar la pluma del estadista español. También en los países de América hispana, los hombres pasan la vida hablando y gesticulando sobre los rumores y sobre las probabilidades teóricas. Pero si se mira el verbalismo con serenidad, acaso se encuentre en su espesor el desencanto de una vida política falsa, ostentosa, vacía de contenido, que nunca ahondó en la entraña de la nación. No fué política de creación, de construcción, sino política de vanidades. Se erigió por encima del drama del pueblo, por encima de la realidad trágica, coronada únicamente de palabras altisonantes, de frases henchidas de gallardetes multicolores.

Haciendo una revisión de la historia española, en su parte psicológica, expresa Marcelino Domingo: «Esta deformación espiritual hizo que lo empezara todo y no continuara nada. Inmediatamente de comenzar perdía el aliento creador; entraba la discordia con sus colaboradores; consagraba a la lucha las energías que requería la obra iniciada; se alzaba en rebeldía contra la misma obra que era fruto suyo y allí quedaba perdida en la historia como un jalón truncado o como una ruina abandonada, un destello relampagueante de la inconsistente voluntad del español. Pasados años o siglos, el español descendiente, lejano de aquel otro español que

empezó y no supo o no quiso o no lo dejaron continuar, le recordarían como un ejemplar magnífico de la raza y pediría para él una reparación gloriosa. La historia de España es una repetición dramática de estas reparaciones que evidencian que cuando un español en vida se consagraba a una obra, le faltaba ambiente, motor íntimo de apoyo para proseguirla y que la obra se frustraba; y que cuando el mismo español muerto, era ya solo un recuerdo remoto, se le invocaba con un homenaje en el que abundaban los lamentos contra la sociedad que le desamparó, sin advertir que quienes se lamentaban constituían la sociedad actual con los mismos vicios que la sociedad execrada».

Insistimos en que parecen palabras dichas para los países indoamericanos, en los que también el muerto, que fué condenado o escarnecido cuando vivía, es glorificado en la hora en que ni oye ni ve, ni siente. La República sobre la cual está lamentándose Marcelino Domingo, cruza los días más difíciles y terribles. No tanto por el odio de los partidos de ambas extremas políticas, contra ella, como por la algazara de los que miran y murmuran y hacen la crítica del poder que está tratando a su manera, de clarificar el torbellino.